

Nina, el incierto vuelo

**JOSÉ LUIS
LANASPA**

Con el verano, los grandes teatros de las capitales suelen tomarse un descanso, pero no cae el telón. Las compañías, según la mejor tradición, salen por los caminos de los festivales o se quedan al fresco de los jardines o actúan en el café de al lado... Esto es lo que han hecho en el café del Teatro Español la actriz Laia Marull y los actores Juanjo Artero y Ricardo Moya, intérpretes de Nina, una historia juvenil de desencantos con la que ganó su autor, José Ramón Fernández, el premio Lope de Vega en el año 2003.

Nina no es casualmente homónima de la protagonista de La Gaviota, de Chejov. El autor nos advierte la relación de ambas en un momento de ilusiones rotas. Creo que es una obra —dice— que puede vivir sin que el espectador conozca La Gaviota, pero me gusta que esas referencias vuelen por la obra. En cualquier caso, al espectador le llega el eco de la melancolía chejoviana unido a la esperanza del futuro. Y se recuerda ese hermoso pájaro, libre y feliz en un lugar maravilloso, hasta que un día llega un cazador de manera casual, ve a la gaviota y, por hacer algo, la hiere o

TEATRO

la mata. Es el temor a lo que puede venir de manera inevitable.

Esta Nina de ahora es una joven actriz que, cansada de luchar por esa felicidad, vuelve unas horas a su pueblo, y allí se encuentra con Blas y Esteban, dos amigos que han compartido infancia y adolescencia. Hablan, recuerdan..., nada en la vida es tan fácil como parecía cuando empezaron. Y una vez más habrá que tomar inciertas decisiones. Quizá una parte de la juventud actual se vea reflejada en esta historia de intentos conseguidos a medias o frustrados. Una historia contada en la cercanía de un café.

En resumen, un éxito que ha prolongado la representación de la obra. En su interpretación, destaca Laia Marull, y también Juanjo Artero y Ricardo Moya, y la

dirección de Salvador García Ruiz es acertada.

Los cuatro corazones de Jardiel

Y ha vuelto Enrique Jardiel Poncela con sus Cuatro corazones con freno y marcha atrás. Sus títulos ya merecen la pena. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, Usted tiene ojos de mujer fatal o Los ladrones somos gente honrada? Emparentado en las formas y contenidos con Miguel Mihura, que afortunadamente sigue también en los escenarios, son autores que empezaron en los críticos años 30 y, sin poder evitar la preocupación del entorno, procuran sonreír, aunque sin olvidar que la vida es tantas veces absurda, y alguna vez dramática.

En este caso, un doctor descubre el elixir de la inmortalidad y se decide a tomarlo con varios amigos. Pero con el paso de los años y afectados de inmortalidad, se aburren, se dan cuenta de los inconvenientes de una vida que no termina. Pero la otra opción, dar la vuelta al medicamento y rejuvenecer mientras los hijos van hacia la ancianidad y refunfunan, tampoco es agradable. Total que, como aconseja el dicho, hay que alejarse de las utopías y agradecer “que me quede como estoy”. Esta representación demuestra que la obra de Jardiel sigue interesando por sus planteamientos y por la agudeza de sus diálogos. La dirección es de Manuel Caseco y, entre los

intérpretes, destaca
Paloma Paso Jardiel,
nieta del autor.

Y el decálogo teatral de Boadella

Cuando una sociedad pasa por momentos críticos, suelen oírse voces, acertadas o no, que proceden de su ámbito cultural. Es algo que ahora se echa de menos en España. Una excepción, y pocas más, es Albert Boadella que en este momento se atreve a enfrentarse al nacionalismo catalán y a decir, por ejemplo, que los nacionalismos en general son “estafadores de sentimientos”. Y en el mundo del arte, tampoco disfraza lo que piensa. En la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid ha proclamado su decálogo (recogido por El Mundo) de defensa frente a cierta modernidad. Porque “hoy compras un cuadro de arte moderno —dice en su estilo provocador—, y parece que tienes que comprar también al pintor para que te lo explique... Se ha tenido que crear una bolsa de expertos para que expliquen la diferencia entre un Tápies y el desconchado de una pared...”.

Empieza Boadella en sus mandamientos por “reconocer a Dios, o quien sea, como único creador”. Rechaza la fantasía, porque la realidad es lo más fantástico que hay. Anima a “defenderse de la modernidad. Es una trola. El arte no es moderno: comunica o no”. Y también invita a “desconfiar de lo oficial,

del contubernio
arte/política. Carmen
Calvo no es Lorenzo de
Médicis”. Y así de claras
son las ideas de uno de
los grandes de nuestro
teatro contemporáneo, al
que los aficionados
esperan seguir viendo en
los escenarios, aunque
para ello, para dedicarse
al teatro, “sea obligatorio
ser un inadapto
crónico”. Lo confiesa él.

